

partidaria de no tragárselas. El que á ella acudía pidiendo socorro, la encontraba; y el que la ofendía y la buscaba las cosquillas, ¡andá!, ese la encontraba más pronto, si cabe.

—¡Válgame Dios, señorita! ¡Lo que es el mundo! ¡Qué hombres condenaos! Cuanto mejor es una, más trastás la hacen... ¿Y va usted á afligirse de ese modo? Pa lo que valen los malditos...

—¡Es que yo le quería, y sigo queriéndole!— exclamó Mercedes, comprendiendo el resorte que era preciso tocar — ¡Es que yo no podré vivir sin él, Amalia!...

—Ya, ya...—murmuró pensativa y apiadada la portera, sentándose al borde de una silla, con las manos colgantes—. Claro, esa tecla del querer... sale allá, de no sé dónde, de entre una, y puede más que una... ¡Y tantos años como llevaban ustés, amos, de ser amigos!

—¡Tantos años!—repitió Mercedes, cogiendo la mano de la chula—Sin haberle yo dado así de motivo. ¡Usted bien lo sabe! Y ahora..., ¡escuche usted esto!, ahora que podíamos carnos...

—¡Qué, por último... ha falleció... el señor esposo de usted?

—Le han matado allá en América.

—¡En gloria esté! Y el otro... ¡amos! ¡Bonito portel! ¡Si digo que valen más los canes que trincan los laceros!

Mercedes atrajo á sí á la chula, pasándola un brazo por el hombro, y recostó la cabeza en él. Sollozaba sin tener que hacerse violencia, y

Amalia la consolaba, no menos sinceramente, con mil dicterios á los hombres.

La farsa de Mercedes tenía tanto de verdad, que por esa parte de verdad convencía irresistiblemente.

—Pobre, pobre señorita... ¡Ea!, no ponerse así..., ¡que me enternezco!... Una señorita tan honrá y tan simpática, sin despreciar á nadie. ¡Siete años llevo en la casa, y lo chillo delante de tó el barrio: no me ha faltao usted nunca á la consideración que nos merecemos las señoras! ¡Y llevo los chicos vestíos con sus obsequios! ¡Si se me pone delante el falso ese, vendío, le insulto!

Mercedes levantó la frente, empleó la sugestión de los ojos y, ya decidida, pronunció:

—No, ese no es buen remedio... Hay otro... Usted puede salvarme...

—¿Yo? ¡Ojalá Dios!... Como fuera por mí...

—Usted, usted misma...

—¡A ver!... ¡Señorita! ¡Sería milagro! Una pobre no puede ná... Voluntá, sí, y picadillo me hago si usted lo dispone...

En voz baja, con entrecortadas frases, entre cuchicheos de súplica ardiente, confidencial, soltó la de Alvarado su inaudita pretensión... La abandonaba Quintín, únicamente porque no le había dado un chico... Si se le hiciese creer que el chico existía, no sólo vuelve á quererla, sino que con ella se casa Carrillo de Albornoz... Una superchería inocente. ¿Qué podía resultar de ella? La dicha de todos: feliz Mercedes, feliz su amigo, y más feliz que nadie la criatura, que

en vez de un porvenir de trabajo y privaciones, tendría el más risueño, heredando la fortuna de sus nuevos padres... Padres de veras, porque le adorarían, no sabrían dónde ponerle. Un chico agraciado con el premio gordo... La... persona... que ayudase á este *arreglo*, tampoco se arrepentiría nunca: el pan asegurado, y, con el pan, el vino y la carne. Y esa persona..., esa persona... ¿No estaba Amalia... encinta de dos ó tres meses?...

Escuchaba la señá Malia confusa, atónita, no sabiendo si debía levantarse y exclamar: «¿Qué sa figurao usted?», ó abrir los brazos y gritar: «Por usted se hace eso y más, si se terciá». En la fluctuación, se inclinó á ceder, ante unas frases de Mercedes, que hirieron la cuerda sensible del punto de honor, del desinterés hidalgo: la cuerda resonante del español pobre...

—Esto no es comprar un chico... No media aquí codicia. Lo pido como un favor, Amalia. Sí, un favor, el más grande: de amiga, mejor dicho, de hermana. Hay cosas que ni se hacen por el dinero, ni se pagarían con todo el oro del mundo.

Malia respondió abrazando á la señora, de un achuchón, con sus brazos cubiertos de tartán á cuadros, y restregándola por las sienes las sortijillas del peinado de filigrana... Impuso sólo una condición.

—He de vivir donde esté mi chico... O al menos, lo he de ver siempre que se me antoje... Ya ve usted, señorita, una madre es una madre... Aunque tiene una ya cuatro enemigos malos en casa, hay cariño para tós y para cien que vengan.

Y saltaron lagrimillas por aquel lado igualmente. El cuchicheo se restableció, íntimo, apresurado, ya sin toques sentimentales. Era la forma práctica del complot. Mercedes allanaba dificultades; lo tenía todo previsto. A pretexto del luto, saldría á viajar, acompañada de su portera. La madre de Malia, bien remunerada, se haría cargo de los cuatro pequeños y de la portería. Capricho de dama pudiente, que acaba de quedarse sin doncella—ya se buscaría modo de dar despachaderas á Alejandra—. Felizmente el marido de Malia, aserrador de oficio, estaba contratado en una fábrica nueva, allá cerca de Segovia, y se pasaría varios meses sin aportar por Madrid. Malia se rió. «Con escribirle que fué equivocación, que no hay tal tripa... ¡Pues poco que se alegrará!...»

Secretearon un rato más las dos mujeres, ya cómplices, y al retirarse Malia, puso Mercedes el dedo en los labios, seña á que correspondió la portera con otra igual, y un movimiento de péndulo de la mano alzada, que significaba: «¡A nadie de este mundo!»

V

Equipada ya de luto Mercedes, sin corresponder á los pésames—al fin se había divulgado el caso cruento del Brigadier Morans—salió de Madrid en dirección á la frontera francesa, llevándose á la chula, enlutada igualmente, y con

el clásico atavío de las doncellas de servir. Se entretuvo una semana en Burdeos; pero oía hablar en la calle español, pasaban compatriotas que tal vez la conociesen, y, hambrienta de soledad, se trasladó á un pueblecito de Bretaña, un agujero perdido á orillas del mar, donde vivió ignorada hasta bien entrado Mayo. De Quintín no había recibido ni dos letras. ¡Qué frío abandono! Paciencia... paciencia algún tiempo; la paciencia que él la había recomendado, con injurioso alarde de compasión. Mercedes no se encontraba peor que en otra parte en el rincón de aldea, rumiando su desquite, abismada á veces en recuerdos todavía vivaces, frescos labios de la herida que dentro le sangraba. Solía pasear por los acantilados de la costa, por las landas ásperas cubiertas de retama en flor, y á solas lloraba frecuentemente, maldiciendo su imposibilidad de olvidar, de perdonar y de rehacerse la vida. «No soy tan vieja... Pudiera curarme de esta enfermedad, ¿quién sabe?, casarme con otro, quererle... Hasta pudiera tener, en efecto, el hijo que voy á simular... Un hijo, realmente nuestro, será cosa muy buena...» Cinco minutos después recaía en su pensamiento constante, invitada tal vez á la fijeza de las ideas por aquella naturaleza tenaz y sombría, como reconcentrada en un propósito terrible: el tesón de lo eterno. Dunas, landas y marinas melancólicas, la aconsejaban en el sentido de su pasión, y su alma se maceraba en jugos de saña firme, que para ella sustituía á otra emoción encantadora, evaporada ya...

Allí hubiese permanecido la de Alvarado mucho más tiempo, si no se lo estorbaba un serio inconveniente. La chula se secaba, se aburría... Padecía esa afección de nostalgia, que no es sólo privilegio de las razas del Norte y Noroeste; puede acometer á cualquier trasplantado. Malia, que en Madrid se pasaba el santo día renegando de todo, empezando por sus chiquillos y su marido, los «enemigos malos», «los mengues» y «el arrastrao», desde lejos los convertía en seres adorables; y mientras de aquel país, cuyo idioma y cuya salvaje belleza no entendía, decía pestes, á España entonaba himnos. «A tu tierra, grulla...», repetía suspirando. Una de sus más tristes añoranzas era la del peinado de filigrana, la trapisonda de rizos que la armaban en el «Salón». Era el lujo á que estaba habituada, aquel abono á la peluquería, aquellas barrocas maravillas que ejecutaban en su crencha las manos grasientas de Celestina la peinadora; acostumbrada á que la peinasen, ya no sabía ni hacerse un rodete, y balbuceaba con desconsuelo: «¡Qué visión!... Da rabia de verse así». Tales proporciones llegó á tomar en Malia la desazón de andar «desgreñá»—total, para que la viesan cuatro pescadores y unas mujeres aldeanas, de cofia de aletas—, que la señora se decidió á emprender peinarla, con gran aparato de pomadas y tenacillas. Las manos de marfil, cuidadas como flores, se hundieron en la bravía guedeja, la manejaron, la domaron á fuerza de cosméticos, y halagüeñas, acariciando en Malia el instrumento del desquite, clavaron

en las ondulaciones laterales dos peinetas de deslumbrador estrás...

Se repatriaron por la frontera de Port-Bou, menos concurrida que la de Irún, y recorrieron pueblos solitarios y pintorescos de Cataluña, haciéndose dirigir la correspondencia desde un hotel de Barcelona. Acosadas por el calor, para mayor cautela—á mediados de Julio—, se trasladaron á un puertecito por descubrir, delicioso, de Asturias, y, á fines de Agosto, fué preciso arbitrar dónde iba á verificarse el acontecimiento, pues Malia estaba hecha un baúl.

—Me van á facturar...—exclamaba—. Otras veces he sido buena matutera, que ni se notaba el fardo... Misté, de esta vez, por lo mismo... A ver si traigo dos...

—No nos quejemos—respondía la de Alvarado—; hemos tenido la fortuna de no encontrar conocidos... Si todo continúa saliéndonos así...

Al combinar mentalmente aquella extraordinaria aventura, Mercedes calculó que el campo era más peligroso que un pueblo relativamente grande, obscuro, de esos en que no se detienen los veraneantes; una ciudad muerta. Fijóse en A***, que reunía las condiciones requeridas. El activo y organizador cerebro de Mercedes previó todas las contingencias, ató los últimos cabos. Era preciso que en A*** entrasen las dos mujeres con los papeles trocados: Malia sería la señora; Mercedes la doncella. Así evitaban el peligro de un nuevo cómplice, el médico. Los delitos se descubren siempre por los

cómplices. Creería el médico, de buena fe, asistir á doña Mercedes de Alvarado, viuda de Morans, y lo podría atestiguar, sin mentir, en todo tiempo. Cambiados ya los trajes, en el tren mixto, donde no viaja ninguna «persona decente», salieron hacia A***, llegando de noche, como deseaban, rebozada Mercedes en una toquilla, Malia ostentando tapapolvo lindísimo y un sombrero flamante, perdida de risa al verse «afrancesá». Se acomodaron ó se desacomodaron en un parador con honores de fonda; al otro día, el acaso, protector de aquel enredo, les deparó—por medio del amo de la fonda—un caserón que sus dueños, ausentes, alquilaban amueblado y en desierta calle. Instaláronse en él, tan sin ruido como lo hacían todo, resignadas á las deficiencias del mobiliario y á las carreras de ratones por techos y tabiques, y tomaron una asistenta palurda, cuyos guisotes y sopas de ajo rectificó Mercedes con toquecillos de cocina francesa. Malia no salía de sus habitaciones, en espera del suceso inminente. No exageraban el recato, porque así como otras mujeres quieren á toda costa esconder sus deslices, interesaba á Mercedes que le achacasen aquél; pero algo se recataban por dar verosimilitud al paso de comedia. En esta mezcla de discreción é indiscreción pasaron quince ó veinte días, barriendo Mercedes el cuarto y limpiando la ropa de la chula, y repantigada la chula en el gabinete, con bata de seda perla, libre el voluminoso vientre, al alcance de la mano una cajita de bombones encamisados de

plata y abanicándose con rasgado ademán— pues siempre supuso la señá Malia que el aquél del señorío era arrellanarse en una mecedora y darse aire. «Andá, quién me lo había de decir.»

Ni tarda ni perezosa, Mercedes se informó de doctor. Por la cocinera supo de uno «muy buenísimo» que vivía á la vuelta de la esquina: se le podía avisar á cualquier hora. Juraba Malia que, á no necesitarse para confirmar la superchería, sin médico se pasaba tan ricamente. Ella era muy «feliz»: escupía los chicos como huesos de aceituna... Al llegar la hora, sin embargo, asaeteada de dolores, se alegró viendo al doctor que la animaba. Las instrucciones de Mercedes eran que se quejase, bueno; pero que hablase lo menos posible. ¡Suplicio para la comunicativa, lenguaraz chulapa! Convertida en doncellita elegante, de remilgado estilo, Mercedes tomó de su cuenta la charla, aturdiendo al doctor, bondadoso y mujeriego, que consagró desde el primer momento á la gentil sirviente simpatía y algo de asesinas intenciones... Aprovechó la de Alvarado estas disposiciones excelentes, y llevándosele á un rincón, imploró auxilio para aquella pobre señorita, que necesitaba ocultar su percance—percance era, á él no se le iba á disfrazar la verdad—; y no tenía de quién fiarse, quien diese los pasos de registro, inscripción y elección de nodriza... ¡Ay! ¡Que considerase el señor doctor! ¡La señorita, válgame Dios, engañada por un pillo! Tan buena, que quería ponerle á su hijo, en la inscripción, su nombre, jugándose la honra. Al

expresarse así, Mercedes se estremeció: la idea, por primera vez, la aterraba; en efecto, iba á correr el albur de un deshonor innegable, material, tangible... ¡Si Quintín no se casase! «Bah, se casa... Tengo buena sombra, como dice Malia, en este asunto...» En efecto, la tenía óptima. El doctor, conmovido, filantrópico, se ofreció para cuanto ocurriese; dos horas después nació una niña, rojiza y diminuta... «Ponga usted que su mamá se llama María de las Mercedes Alvarado y Tavira, con todas sus letras... Los papeles están corrientes; esta señora puede demostrar que se llama así...» Con sigilo, con rapidez, con celo, avió aquel desavío el doctor, que ni siquiera extrañó el habla por monosílabos de la recién parida. Sería vergüenza, sería fatiga, de fijo. ¡Una señora! Y, además, él prefería entenderse con la doncella. ¡Qué mujer tan principal! ¡Qué fina, *en su clase!* ¡Hasta olía á violeta!... ¡Y vaya unas manos! Doble de blancas que las de su ama, con unas uñas de rosa... Rumiaba el doctor una frase: «Amalita, por Dios, aráñeme usted...»

—Todo nos sale á medida del deseo—cuchicheó Mercedes, mientras administraba un substancioso caldo á la chula, incorporada sobre las almohadas—. Ahora veremos qué dice el *papá*... Y rió sardónicamente, pregustando el sabor de los sabores, la venganza...

VI

Carrillo, entre tanto, no se estaba quieto. Después de corta estancia en Suiza para negocios profesionales, regresó á España, pero detúvose antes en Biarritz, remolino donde confluye medio Madrid, el Madrid *select*. Persiguiendo su devaneo de fundación de hogar, refrescó amistades, acompañó y convidó á la pastelería *chic* á damiselas españolas, se quejó de su aislamiento de célibe, inició ligeros *flirts*, habló de sus nostalgias de hongo...—¡eso soy, un hongo, amiga mía!—y señalando á las argentinas hebras que se entreparecían en la negrura de la barba rizada, añadía con afectación de involuntaria tristeza: «Ya soy viejo.»

No advertía, sin embargo, en el lado izquierdo del pecho, en el clásico sitio, palpitación alguna, ni siquiera otros fenómenos de orden inferior, al imaginarse á las consabidas damiselas diademadas de azahar contrahecho, terminadas por luenga cola guarnecida de esos encajes que invariablemente bautizan de *Atencion* los revisteros, así sean de Almagro, y velado el ruboroso semblante por crespo tul *ilusión* que aun muestra los dobleces. Hasta un año corrido después de la ceremonia, cuando el delicado moisés floreciese entre espuma de

batista azul y blanca, al pie del tálamo nupcial—cuando viniese el hijo, en suma—no vibraría de amor el corazón de Quintín.

En el baboseo de la galantería descansaba de los años borrascosos de la pasión; pero no acababa de encontrar su media naranja. Esta por coqueta (Quintín se sentía rígido de principios); aquélla por anémica, cepa mala para sacar vástago robusto; una por la perspectiva de doce cuñados; otra porque descubría un carácter sobrado viril... fueron desechadas sucesivamente. Hacia fines de Julio, en San Sebastián, paseando por la Concha, fué presentado Carrillo á una familia de esas en que la cualidad de *respectable* salta á los ojos: los Condes de Aldeablanca. Papá barbudo, apersonado, campechano y caballeroso; mamá no inquietante, no en rivalidad de *toilette* con su hija, pendiente, al contrario, de que ésta agrade, y de mirar por su recato; gente hidalga y seria, del propio solar durangués, del riñón bilbaíno. Descendencia: un múltiple en la Universidad de Deusto, y Paulita, de veintidós años, rubia, alta, graciosa sin provocación, seria por dentro y alegre como un pájaro, cándida y desconfiada al pronto, muy deseosa de amor. Se estableció un acompañamiento diario en la Concha y en el bulevar por la mañana; Quintín dejó tarjeta y se la devolvió á las veinticuatro horas el Conde. Fueron Paulita y Quintín metiéndose en harina; se tomaron informes como al descuido; y de una excursión á Pasajes salieron novios. En la mágica ría, mientras la batelera, hombrunamente,

pujaba del remo, como anocheciese y se confundieran objetos y líneas, Quintín pudo asir la mano de la señorita provinciana y estrecharla un momento, sintiendo aletear los deditos, á la vez azorados y sujetos por un imán. ¡Novios! Al encontrarse sólo en el cuarto del hotel, Carrillo comprobó una desazón interior, una razón sorda, notada á menudo y al presente agravada. Volvía el pasado, ó su espectro. ¡Mercedes! ¿Qué haría? ¿Dónde estaría? Ahuyentó el moscón importuno del recuerdo y pensó en Paulita. No era dable encontrar mejor madre para el hijo esperado. ¿Qué significaba la carcoma del remordimiento? El cumpliría su solemne compromiso: nada de bodas hasta el año próximo... Entre tanto, un poco de sabroso tortolear, sin tener que ocultarse, sin bochorno, sin arrepentimiento diario. ¿Y la comunicación anunciada por Mercedes? ¡Bah! Probablemente ninguna: ardid de una Dido para no soltar del todo á un fementido Eneas...

¡Dulce vivir, fin de verano encantador, con la seductora vulgaridad de su noviazgo lícito! Mercedes solía burlarse de los amóros que saben á cocido, ridiculizando á las parejitas en espera de la bendición, y Quintín había coreado, sí por cierto, la sátira de su amiga... Tarde, pero á tiempo, comprendía lo grato de la sosera, el hechizo de lo sencillo y normal, y cómo apaga la sed el agua clara y pura. No estaba enamorado á lo Amadís, ni con fiebre de los sentidos, y ahora reconocía que *eso* es agua amarga y turbia que inficiona la sangre. Los

atavismos de Carrillo reaparecían, al solidificarse su ideal con la proximidad de la cuarentena, y se prometía ser de hoy más el hombre social por excelencia, el que sitúa su felicidad del lado del orden, como un convaleciente se acomoda donde más calienta el sol... Lisonjeaba su vanidad viril el temblor de alma de Paulita, á quien convertía de niña en mujer el amor naciente. Vino la indispensable visita al Cristo de Lezo, patrón de los enamorados; y como Quintín susurrase en voz baja al oído de la niña, aludiendo á la superstición popular y riéndose: «Ahora ya es seguro que dentro del año nos casamos», ella, nerviosamente, contestó, cerrando los ojos: «¡Quién sabe! No sé por qué, tengo miedo... ¡El santo Cristo lo haga!»

Quintín se proponía cumplir la palabra, tan solemnementemente empeñada á Mercedes, de no casarse antes de Enero; eso sólo, y se juzgaba en paz con su ayer; había pagado su deuda. Y además, antes de formalizar nada, necesitaba desenredar asuntos.

—En Febrero volveré—contestó á una directa pregunta de Paulita—y será para no separarnos, naturalmente, hasta morir.

Respiró hondo la mucnacha, y con alarde infantil le deslizó algo en el hueco de la mano derecha, cerrándosela después y murmurando:

—No soltar... No mirar hasta estar en casa y solo...—Quintín, cumplida la orden con pasividad gozosa, encontró una medalla de oro de la Virgen, y la colgó entre el llavero y el corrapuros, en que terminaba su cadena de reloj—.

«Cuando no me quieras me la devuelves...»

Carrillo, seguidamente, teñido de rosa el espíritu, contestó muy de cerca:

—No te la devolveré nunca... ¡Habrás visto la chiquilla esta! El que da y luego quita...

VII

Llegó Quintín á Madrid en una clara mañana de mediados de Octubre; Benito, que había quedado al cuidado de la casa, le esperaba en la estación. A la pregunta sacramental de todo amo que regresa del veraneo, «¿hay algo de nuevo?» el criado contestó, en el tonillo de costumbre:

—Ha ido varias veces la señora de Morans á preguntar cuándo esperaba yo al señorito... Le dije que no sabía nada... Ayer volvió... Díjele lo mismo... No sé si acerté...

Carrillo se encogió de hombros. Una punzada honda, una inquietud dramática... Desaparecieron cinco ó seis meses de pronto; se difumaron la figura de Paulita, los paseos, las charlas, los planes... Ahí estaba el pasado comiéndose al presente. La comunicación «¡gravísima!» amagaba... Entró en sus habitaciones, agitado; se sentó á almorzar sin mija de apetito. «Dentro de una semana me vuelvo á San Sebastián...» Al terminar el café, Benito se acercó, diplomático:

—Señorito... ahí está la Malia...—No comprendía Quintín al pronto—. La Malia, la portera de la señorita Mercedes... ¿No sabe el señorito? La señá Malia...

¡Vaya si sabía! Que pasase...

Hizo irrupción la chula, rozagante, compuesta, con rico mantón de alfombra, peinada por los propios ángeles, luciendo en las manos sortijas, y recoge-abuelos de piedras bajo el moño. Quería no más darle un recado en particular al señor... A una señal, Benito salió, y á las primeras palabras restallantes, categóricas, de la mujer, creyó Quintín que las paredes, el techo, las vigas, la lámpara del comedor, los aparadores, la casa entera se le desplomaban de golpe sobre la nuca, aplastándole. Su boca, desmesuradamente abierta, no podía formar sonidos, pero dentro de su cráneo retumbaba el cañonazo de la noticia:

—¡Un hijo! ¡Un hijo!

¡Cuitada señorita provinciana, que has hilado con tus manos de hilandera casera, guardadora de los lares, el copo blanco de una dicha inofensiva y noble! De nada te ha servido pedir diariamente al Corazón de Jesús que llevas al cuello, que vuelva pronto el elegido. Tampoco el santo Cristo de Lezo ha cumplido su compromiso tácito: *El*, que une las voluntades y las clava juntas para toda la vida con el luen-go clavo de sus divinos pies sangrientos... Pagan días, y después de la postal del camino, no trae el correo nada... Prudente, Paulita no escribe; no es ella de las que acosan al hombre.

A las preguntas de los padres, responde vagamente, sin mostrar desasosiego; hace su vida habitual; no tiene un movimiento que no sea natural y acompasado. El correo sigue mudo... La tez de la señorita adquiere el tono de las rosas de té cortadas y no puestas en agua; sus encías blanquean, sus ojos se mustian. «¿Estará enferma?» Ella responde valerosamente: «No, no; estoy buena, no apurarse...» Ha confesado, y el hijo de Loyola aconseja: «Tranquilidad. Si no escribe, si no viene, será que no te convenía. Dios lo hace todo para nuestro bien.» Y la provinciana deja caer el velo sobre los ojos, un poco enrojecidos, requiere el devocionario, reza un instante y se vuelve á su casa. La inquietud persiste. «¿Está enferma?» La madre angustiada, consulta al padre. «¡Si nos la llevásemos á París!» El médico diagnostica: «Anemia... Ejercicio, distracción, dormir, leche, pollo, huevos...» Una tarde el padre, que leía un periódico, se lo tiende silenciosamente á la madre, señalando con el dedo unas líneas... El cronista de sociedad parece que da la noticia cohibido, sin ditirambos: «Ayer unieron su suerte, en la capilla del Palacio episcopal, la señora viuda de Morans y el distinguido Ingeniero D. Quintín Carrillo de Albornoz. A la boda sólo asistieron personas de la mayor intimidad de los contrayentes. Estos han salido en dirección al extranjero. Les deseamos, etc...» La madre se levanta, corre á esconder bajo llave el diario... Pero el mismo correo que lo trajo, trajo para la señorita un envoltorio cer-

tificado, y dentro una medalla de oro de la Virgen... Y de esta vez no ha podido—vencida, desatados los nervios por la anemia—resistir, y la risa del ataque convulsivo, el chillido agudo, espeluznante, atraen á los padres, desolados ya... «Volando, la antihistérica...» El ataque pasa pronto; la señorita se reprime; siente haber sido ridícula, haber dado espectáculo. Recoge la procesión de sus fallidas esperanzas, de sus amores muertos, y manda que sólo por dentro desfile, lenta y doliente, encapuchada de negro, semejante á la de la Soledad... Y hasta se jura á sí misma sanar, volver á ser risueña y aniñada como antes, y se cumple el juramento á la vuelta de dos ó tres años, cuando entra de novicia en las Reparadoras...

VIII

Más de lo que es costumbre se prolongó el viaje de novios de Quintín y Mercedes. Era preciso *escamotear* la edad de la niña y no presentarla sino cuando no se advirtiese el gatuperio. Para la ley, la criatura estaba legitimada «por subsiguiente matrimonio»; para el mundo... Al mundo, á decir verdad, rara vez se le engaña del todo; si le obligan á tragar una muy gorda, se desquita al principio con un recrudescimiento de maledicencia; pero la traga, al fin, alzando

los hombros y castañeteando los dedos ¿Que si nació antes ó después la chica? ¡Bah! Una de las veintisiete cosas que al «mundo» le tienen sin cuidado. Algunas señoras torcerían el gesto á Mercedes..., hasta que se borrara la huella del episodio entre el vórtice de nuevos escándalos y frescas curiosidades. Después de todo, mejor estaba casada que «de la otra manera.» Lo realmente insólito de aquel caso, nadie lo sospechó en el círculo de Mercedes y Quintín. La gente de escalera abajo, en cambio, no dejó de vislumbrar... Señá Malia, con la mejor intención de ser discreta, era de las que se calientan de boca y se disparan. Si no hablaba claro, por lo menos insinuaba mil cosas. La madre y el marido estuvieron pronto «de vuelta»; pero les convenía hacer la vista gorda. La vulpeja de Benito, en diálogos sinuosos con la chula, averiguó más de lo preciso, pero era listo de sobra para ir repitiendo... Mercedes, precavida y sagaz, determinó sacar á Malia con toda su gente de Madrid—á pesar de lo prometido—, y se avino la chula á apartarse de «su nena», porque la colocación era una canonjía: administrar unas fincas en El Escorial; casa, leña, hortalizas, pingüe sueldo... El ama maragata de la chica, bien recompensada, se había quedado en Astorga; el ama pasiega, tomada en Madrid, esperaría en la frontera con la criatura á los nuevos esposos. Así juzgó Mercedes haber borrado rastros, asegurado el misterio en lo posible. No la preocupaba mucho que se trasluciese la fecha del nacimiento. Te-

mía, en cambio—con temor que era ya un castigo—, que se descubriese la superchería.

Dieron fondo en Bélgica. Allí tenía Quintín tela cortada; le habían encargado proyectos y presupuestos de empresas industriales, fabricación en gran escala, y quería trabajar, preparar un porvenir á su Quintina, su Tinita, dejarla muy rica y muy dichosa... Porque ha de saberse que somos los humanos superiores á nuestra naturaleza física; que todo eso de *la voz de la sangre*, forma del instinto, es una baja leyenda fisiológica; que los hijos se engendran en nuestra psiquis mejor que en una matriz, y creer ser padre es igual á serlo... Ni un instante dudó Carrillo; nada halló inverosímil; casi no preguntó: ¡tenía una hija! Y desapareció *to demás*, hasta la dulce sombra de la provinciana..., hasta el anhelo de que el vástago fuese varón..., y se puso á adorar al sér que ya le sonreía y que dentro de pocos meses, tan de buena fe como Carrillo decía «mi niña», tartamudearía, gorjeando, «¡mi papá!»

Mercedes, en cambio, había empezado á sufrir desde el mismo día de su victoria. Para analizar el cruel sufrimiento de Mercedes, sería indispensable aislar dos ó tres elementos.

En primer lugar, creyó vengarse, y resultaba que su víctima era... feliz. El sentimiento paternal, desarrollado, dominante, bastaba para llenar y hermosear la existencia de Carrillo. Pendiente de la criatura, embobado con sus tempranas gracias—esas gracias simples de los mamones; decir adiós cerrando el puñito, ame-